



El equilibrista Vila-Matas

En Barcelona vive uno de los escritores más singulares del mundo. ENRIQUE VILA-MATAS ha renacido doblemente con su nueva novela, *Montevideo*, considerada por muchos la mejor lectura de 2022. La reescribió tras un trasplante de riñón que le ha devuelto la energía.

— César Suárez. Fotos: Toni Mateu.



En su biblioteca

Enrique Vila-Matas en su despacho del Eixample de Barcelona. El autor asegura que tiene sus libros ordenados "más o menos" por autor, pero que el verdadero mapa de situación lo tiene en su cabeza.



Vila-Matas abre la puerta de su apartamento-despacho en el lado izquierdo del Ensanche, mira fijamente y dice: “¿Quién eres?”. Lo habitual es hacer esta pregunta un minuto antes por vía interfono, pero cualquiera que le haya leído está avisado de que el escritor no

suele pisar lugares comunes. Nos recibe tímido y cortés. Tiene las manos pequeñas, los dedos afinados por el uso de la tecla. A esta hora de la mañana, si no le hubiéramos interrumpido, estaría escribiendo como cada día, con una lista de música variada de fondo. Tiene fama de una laboriosidad minuciosa e inalterable. Es capaz de tirar del más pequeño hilo de lo cotidiano hasta componer una realidad paralela. Escribir es mirar de otra forma. En esa mirada está “lo real maravilloso”. Según Vila-Matas, se puede bromear con él de todo menos de fútbol. No se descarta que esto también sea una broma.

“He visto que has escrito un libro sobre Sorolla -dice-. Vengo del Museo Thyssen de Málaga y me pidieron hablar de un cuadro. Tienen varios Sorollas, pero elegí un Romero de Torres. A mí Sorolla me recuerda a Miró, a quien conocí a través de su nieto. Miró se pasaba el día pintando, como Sorolla. Iba de su casa al estudio y viceversa. Era todo orden en su casa y desorden en el estudio. Una vez me invitaron a comer y Miró se pasó toda la comida mirando con atención un hueso de pollo. Supongo que le gustaba la forma. De pronto, pegó un golpe en la mesa y dijo: “¡Viva la Pepa!”. Fue un grito muy estilístico, la verdad. Luego salió en la tele y alguien dijo: “¡Mira, estás en la tele!”. A Miró le dio lo mismo. Se podría decir que Miró no miró. Y claro, esto me dio para un artículo”. Hablar con Vila-Matas es zambullirse en esa burla infinita donde lo real es tan cierto como lo inventado. Ya nos ha atrapado.

Pero antes de nada, la salud es lo primero. Al escritor le hicieron un trasplante de riñón hace poco más de un año, el 31 de diciembre de 2021. Fue en el Hospital Clínic de Barcelona. Quiere que se sepa el dato, agradecido y admirado por la labor de los médicos de este centro número uno en Europa. Su mujer, Paula Massot, se ofreció a donar el órgano. Este asunto lo reveló en la primera entrevista que concedió por la publicación de *Montevideo* a Noelia Ramírez, de *El País*. “Antes de empezar la promoción del libro, Paula me dijo que debería contarle. En 2016 tuve un colapso que hizo que la operación fuese un paso irremediable. Existe la creencia de que un hermano o hermana es el donante más apropiado, pero creo que es un mito. Hay seis datos biológicos que indican el grado de compatibilidad entre el donante y el receptor. Al menos uno de ellos debe encajar para que el trasplante sea posible. Paula y yo coincidimos en dos. Nunca le pedí esto a Paula, fue ella quien lo decidió y a mí me emocionó mucho, claro, porque estaba aterrado por la situación”. Paula Massot es Paula de Parma, a quien Vila-Matas dedica todos sus libros, y *Montevideo* especialmente: “A Paula de Parma. Tiembla mi alma enamorada”, se lee en la primera página, un verso de la *Divina Comedia* que Dante le dirige a Beatrice.

¿Le ha cambiado la vida?

Totalmente. La intervención me cambió de una manera muy literaria. Antes de operarme, yo había dejado la primera versión de *Montevideo* escrita. Cuando comencé a revisarla, me di cuenta de que tenía una fuerza mental mayor que antes de ingresar en el hospital. Durante la convalecencia, el hecho de no poder salir me hizo ahondar más en el manuscrito. Esta nueva vuelta lo mejoró mucho.

¿Quiere decir que el ejercicio de la escritura repercutió en su recuperación física?

Estoy convencido de ello. Cada día me encontraba un poco mejor y esto lo notaba en mi energía a la hora de escribir. Quizá fue esta claridad la que me condujo a esa imagen tan celebrada del final del libro, cuando paseo con mi madre de pequeño por el Paseo Sant Joan y ella me dice que “el misterio del mundo está en el misterio del mundo”. Cuando terminé el libro me emocioné por lo que había sido capaz de hacer.

¿Le sorprende el éxito a estas alturas?

Si el 1 de enero de 2022 me dicen que en septiembre iba a publicar *Montevideo*, que iba a ser considerado el mejor libro del año por varios medios y uno de los más vendidos, no me lo hubiera creído. Dicho esto, no me ha sorprendido. Cuando le entregué el manuscrito a la agencia tenía la intuición de que iba a ir bien. “Va a ser un éxito internacional”, les dije. Les debió parecer pretencioso, pero el caso es que el libro ya tiene diez traducciones.

La trama, si la hay, se acciona con un relato de Cortázar, *La puerta condenada*, que comienza así: “A Petrone le gustó el hotel Cervantes por razones que hubieran desagradado a otros”. ¿Qué le agrada a usted?

Actualmente todo, en cuanto que todo me parece objeto de análisis y literatura. Todo lo que ocurre puede tener importancia, y de hecho la tiene para mí. En el siglo pasado, a finales, decía que me pasaban cosas raras y yo lo único que hacía era contarlas. Hasta que un amigo me dijo que lo que me pasaba no era raro, sino que era mi mirada la que lo volvía raro. Creo que esto viene de mi obsesión por contar. Cuando volví de París estaba convencido de que no tenía nada que contar en la vida. Tenía la impresión de que nunca me pasaba nada, de que había vivido poco. Así que me obsesioné con buscar historias dignas de relatar.

¿Cómo se cuenta lo que pasa cuando no pasa nada?

Es muy misterioso todo. Hay miles de puntos de conexión con cualquier cosa que suceda. Lo que ocurre es que no tenemos la capacidad suficiente para desarrollar todo lo que somos capaces de captar. Si tuviéramos más memoria, nos daríamos cuenta de que muchas de las cosas que hacemos están conectadas con algo que nos ocurrió o alguien nos dijo hace diez años, veinte, o en la prehistoria. En realidad, somos seres repetidores de hechos. Yo tengo una memoria parcial, pero puedo recrear épocas. Veo que lo que me pasa ahora podía haberme ocurrido hace sesenta años, en mi adolescencia. Quizá la vida es una sucesión de fragmentos que aparecen desunidos ante nuestra limitada percepción. Se trata de unirlos.

¿Cómo funciona su memoria?

Tengo una gran capacidad para conectar textos e ideas, debido a tantas lecturas. Curiosamente, mi modelo de escritor es Dalí. Cuando fui a visitarle a Portlligat y vi cómo trabajaba en el *Ángelus arquitectónico de Millet*, me di



cuenta de que el cuadro solo era un pretexto para conectar con lo que él quería, que se convirtió en una investigación obsesiva. ¿Cómo funciona mi memoria? Me acuerdo de escenas que me impactaron, a veces frases que en su momento no entendí y se quedaron dando vueltas en alguna parte de mi cabeza, en busca de una explicación. Pongo un ejemplo: El día que conocí a Juan Marsé en Bocaccio, me dijo: “¿Tú eres el chaval que quiere ser escritor? Pues ya verás como hay cosas que escribes que, aunque te gusten mucho, tienes que eliminar porque no encajan en la trama. Eso es escribir”. Entonces no entendí lo que quería decirme, pero después he comprobado que escribir es eliminar lo que sobra, y practico su consejo.

Alguien dijo que la memoria no es un fijador de lo que nos ocurre, sino que actúa como un disolvente.

En los últimos años, por mis problemas de riñón y el trasplante, he borrado de manera inconsciente esta parte dolorosa de mi vida. Paula se acuerda mejor de estas cosas, pero yo trataba de obviar el dolor como si no fuera conmigo.

¿Cuántas veces le han llamado raro en su vida?

No creo que lo sea, pero me lo han dicho muchas veces. No me afectaba nada. En cualquier caso, quién no es raro. Lo singular es el mundo que se refleja en mi escritura, no yo. Esto no se puede imitar, es algo único, como puede ser el tuyo. Hay que recorrer un camino largo e inexplorado hasta encontrar ese mundo literario particular, y aquí no se puede ir con prisas. Baudelaire dijo: “No se puede hacer nada si no es poco a poco”.

Pero hay que atreverse a emprender ese camino.

Desde luego. En mis primeros libros me faltaban experiencias y no sabía hacerlo. De joven, si vas mal, no pasa nada. Más adelante te presiona el tiempo y el fracaso puede ser doloroso. Siempre me he sentido libre, pero he tenido que desprenderme de tabúes y de miedos al qué dirán. Esto no significa que no haya hecho toda la vida lo que he querido hacer. En *Montevideo* he asumido el riesgo de ser más yo que nunca.

¿La tecnología anula el misterio del mundo?

Acabo de leer *Anoxia*, de Miguel Ángel Hernández, y me ha gustado mucho. Trata de una mujer que descubre el secreto de unos muertos a través del revelado de daguerrotipos, una práctica ya olvidada. Recuerdo cuando sumergías el papel fotográfico en la gelatina y la imagen iba surgiendo lentamente. Lo interesante del mundo es el proceso para llegar a las cosas, y eso lo estamos perdiendo. El misterio se pierde cuando el escritor escribe para satisfacer unas ideas concretas y no las suyas propias,

“El origen de mi oficio lo sitúo en el colegio. Un jesuita, que era poeta, nos llevó a visitar a José María Valverde, que nos leyó un poema de César Vallejo sobre un miliciano que en la guerra escribió un grafiti: “Viban los compañeros”. Me chocó ver la b aspirada fuera de sitio”



Enrique Vila-Matas y su mujer, Paula Bassot (a quien él dedica todos sus libros con el nombre de Paula de Parma). Esta fotografía de los dos jóvenes ocupa un lugar principal en el salón del apartamento-despacho del escritor en Barcelona.

porque si muestras tu desacuerdo te pueden penalizar. La literatura debe buscar la disidencia, tratar de decir algo que no se ha dicho, explicar tu disconformidad con lo que ocurre. Si todos asumimos la corrección política, como está ocurriendo, el mundo se hace tan plano que se anula cualquier misterio.

Tengo por aquí una frase de Thoreau: “Cuidado con los proyectos que requieren ropa nueva”.

Yo conozco otra de Thoreau que me encanta: “Nunca se hizo nada sin entusiasmo”.

¿Cómo ordena todas esas referencias y citas?

Las selecciono con la memoria y se me quedan. En el fondo manejo una lista pequeña de autores y frases variadas, lo que pasa es que tengo facilidad para recuperarlas cuando escribo. Un amigo estaba convencido de que yo tenía un diccionario de frases y de ahí iba sacando, pero no funciona así.

The New Yorker dijo de usted: “Los libros de Vila-Matas, sin que se sepa por qué, transmiten felicidad”.

Me gusta mucho que recuperes esta frase. La señora que la escribió tenía razón. Rodrigo Fresán también escribió algo así. Dijo que yo tenía el estilo de la felicidad.



Es una buena cosa transmitir felicidad.

Desde luego. Aquí hay también esa idea tópica de que el escritor tiene que sufrir y ser un desgraciado. Yo he escrito con dolor de cabeza y disfruto igual. Lo del escritor sufriente es un cliché romántico. En *París no se acaba nunca* está ese personaje del escritor romántico que viste de negro y siempre está serio como si fuera un maldito. Después me he reído con esa impostura. Se puede ser un escritor maldito sin suicidarse ni estar todo el día borracho.

¿Hasta qué punto la literatura canibaliza su vida?

Justo esta mañana pensaba en esto. Es como el matemático que tiene una fórmula para resolver los problemas. En mi caso, encuentro la solución en el hecho literario. Pero mi vida real no es literaria, hablo de cosas normales, disfruto de lo cotidiano... Alguien dijo que dos escritores hablando de sus novelas son como una conversación de embarazadas. También han dicho a veces que soy una rata de biblioteca, nada más alejado de la verdad.

¿Desde cuándo percibe esa conexión con el hecho literario?

Ví *La notte*, de Antonioni, con quince o dieciséis años. Mastroianni es un escritor casado con Jeanne Moreau, y se queja porque tiene que ir a Milán a presentar su libro. Yo deseaba ser como Mastroianni, tener esa vida de escritor. Lo curioso es que muchos años después tenía que ir a Milán a presentar una novela, y me recuerdo por la mañana diciendo: "Qué fastidio, ir a Milán ahora". Pero en realidad el origen de mi oficio lo sitúo en el colegio. Un padre jesuita, Juan Bautista Beltrán, que era poeta, nos llevó a visitar a José María Valverde, que nos leyó un poema de César Vallejo sobre un miliciano que en la guerra escribió un grafiti: "*Víban* los compañeros". Me chocó muchísimo ver esa falta, la *b* aspirada fuera de sitio. Me di cuenta de que aquello era distinto y me gustó mucho. Me llevó a descubrir que había otras maneras de hacer las cosas.

¿Eso que parece tan banal cambió su mirada?

Sí, pero sobre todo me cambió el primer viaje a París con 18 años. Engañé a mi familia, porque les pedí dinero para ir a Perpiñán y me planté en París. Yo nunca había visto japoneses, o al menos varios japoneses juntos. En París fue la primera vez, y pensé: "Esto es el mundo".

¿Qué lectura le mostró el camino de la literatura?

Poesía del exilio, de Cernuda. En París, recitaba aquello de

"No me queréis, lo sé, y que os molesta cuanto escribo...", me emocionaba y lloraba mucho. Luego descubrí *Locus Solus*, de Raymond Roussel, me impactaron sus combinaciones del lenguaje, sus juegos de palabras.

Entonces, no podría haber sido otra cosa más que escritor.

Supongo que esta pregunta se la haces a todo el mundo, pero así es. Con cinco años ya había escrito dos libros tumbado en el suelo de la casa de mi abuela en la calle Enric Granados. Se titulaban *La novia de Valencia* y *El*

amigo de Zaragoza. Esos cuadernos los he recuperado a la muerte de mis padres. Yo los interpreto como una muestra de mi afán por salir del territorio, no en el sentido geográfico, sino de mi pequeño mundo, el anhelo de buscar otros destinos. Siempre estuve metido en esto. En todas las fotos de pequeño aparezco leyendo. Más tarde quise hacer cine, que me parecía más chistoso, más agradecido. Rodé un cortometraje en la Costa Brava y fracasé rotundamente. Lo presenté al Festival de Benalmádena y quedé el último, con lo cual me sentí orgulloso. La película la financió mi padre, que puso dinero para el material. Estaba el actor Luis Ciges, que quería apoyar a lo que él suponía que eran jóvenes talentos. Trataba de un tipo que asesina a una familia. Cuando mi padre vio la película en Barcelona, me preguntó: "Si no he entendido mal, el tema es la destrucción de la familia". Dije: "Pues sí". Y me dijo: "En ese caso no cuentas más con mi apoyo



Vila-Matas con el cuello del abrigo subido, como le gustaba fotografiarse cuando jugaba a ser un "escritor maldito".

para estas cosas". Así acabó mi carrera cinematográfica.

¿Es posible el surrealismo hoy en día?

La palabra está totalmente desgastada. Pero no hace falta irse lejos: España es surrealismo puro.

¿Qué le queda por escribir?

Llevo preguntándome esto veinte años porque cada libro que hago va tan al límite que el lector se pregunta, ¿y después de esto, qué? Creo que escribo precisamente para generar tu pregunta. Me he acostumbrado a asomarme a ese abismo. Escribo para tener que encontrar una salida a lo que he escrito que me permita continuar escribiendo.

Tras más de una hora de charla, Vila-Matas mira la pantalla del teléfono que se enciende desde hace un rato. Es Paula, que le espera en la plaza de Francesc Macià para dar un paseo al sol. "Me da pereza caminar, pero si Paula me llama, yo voy". Y así se despide. **1**